

Alicante

EL PARQUE DE LA CHICHARRA



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

En 1981 mi mujer, **Puri**, y yo decidimos mudarnos a otra ciudad. Nos habíamos conocido y casado en Barcelona, una ciudad magnífica para vivir estando solteros o sin hijos, pero nosotros ya teníamos dos. Estábamos acostumbrados a hacer diariamente largos desplazamientos para ir a trabajar, pero llevábamos cada vez peor lo de tener que hacer madrugar todos los días a los pequeños para llevarlos a colegios o guarderías bastante alejados de casa, o tardar más tiempo en ir y volver del parque más cercano, que en el que disfrutaban ellos en él.

Así que, aprovechando que ambos trabajábamos en una empresa que entonces ofrecía posibilidades a sus empleados de pedir traslado con cierta facilidad a casi cualquier punto de España, decidimos marchar a una ciudad menos grande y estresante. Y elegimos Alicante.

Llegué a finales de noviembre de 1981. Puri y los niños, de 6 y 3 años, vinieron en junio del año siguiente. Aquel verano de 1982 lo pasamos en un piso que había alquilado provisionalmente en la Goteta y buscando un lugar más definitivo donde vivir. Mis preferencias estaban en la Albufereta, y más concretamente en una urbanización que me había impresionado desde fuera, llamada Parque de la Chicharra. Mis compañeros alicantinos me advirtieron que no era fácil encontrar una vivienda libre en aquella urbanización. Al parecer tenía fama de elitista, de haber una especie de acuerdo entre los propietarios que garantizaba el filtro de nuevos vecinos, ya fueran propietarios o inquilinos, de manera que no se pusiera en riesgo tanto la tranquilidad social como económica de la comunidad. Aun así probamos suerte una tarde. No había ningún cartel anunciando un piso en venta o en alquiler. Nosotros entonces no podíamos comprar, solo alquilar, pero el portero no sabía de ninguna oferta. Nos lo dijo después de revisarnos de arriba abajo sin ningún disimulo, lo cual nos incomodó, obviamente; pero ya daba igual, lo que habíamos visto había sido suficiente para enamo-

rarnos de aquel lugar. Afortunadamente, a pocos pasos de la portería nos encontramos con un hombre que respondió amablemente a nuestra pregunta sobre si conocía algún piso que se alquilara. Casualmente era catalán, aunque llevaba viviendo en Alicante varios años. Después de charlar unos minutos sobre Barcelona, se ofreció a ayudarnos. Se llama **Antonio**, y tanto él como su esposa, **Tere**, siguen siendo amigos nuestros.

La urbanización La Chicharra fue construida en 1972, ocupando una parcela de más de 16.000 metros cuadrados situada en el Tossal de Manises (Cerro de Azulejos), en un promontorio desde el que se domina la Albufereta, la Condomina y parte del Cabo de la Huerta y de la Playa de San Juan. Bajo las órdenes del arquitecto **Juan Guardiola Gaya**, se levantó un edificio con una planta ligeramente curvada,

con la avenida de la Condomina. Aun así, esta zona verde cercada, con jardines, arbolado, prados y una piscina en forma de pera (de las primeras, si no la primera que se construyó en Alicante con iluminación interior), sigue siendo hoy en día uno de los mejores parques privados de la ciudad.

El apartamento en el que entramos a vivir en septiembre de 1982 estaba en la décima planta del portal Claveles. Constaba de un salón-comedor, tres dormitorios, una cocina-office, dos cuartos de baño y una amplia terraza. Todo exterior menos los baños.

Desde el primer día tuvimos Puri y yo la sensación de que habíamos acertado plenamente, de que habíamos ganado muchísimo en calidad de vida al venimos a vivir a Alicante, y concretamente a La Chicharra. Habíamos cambiado el esmog por la naturaleza,

aquí la teníamos cerquísima y a elegir: Albufereta, San Juan, Postiguet... Y la comodidad. En los locales de la planta baja de La Chicharra, además de la portería y la oficina de administración, había varios comercios, desde una peluquería para señoras hasta un bar donde servían comidas caseras. ¡Si hasta nos deshacíamos de la basura dejando caer la bolsa por un hueco que había en una pared del descansillo de la escalera, discretamente tapado por una portezuela, y que desembocaba en un depósito subterráneo!

Pero fueron las vistas que teníamos lo que más fijamente ha quedado grabado en nuestra memoria. Desde la terraza se apreciaba una panorámica maravillosa: desde el Cabo de las Huertas hasta el Cabo de Santa Pola, con el Castillo de Santa Bárbara a un lado y la isla de Tabarca enfrente, visible en lontananza durante los días despejados. Y desde las ventanas que daban a la parte trasera se divisaba una vastísima llanura que abarcaba varios kilómetros, hasta la cadena montañosa presidida por el monte Aitana. Mucho

más cerca, junto a la urbanización, estaba el yacimiento arqueológico de Lucentum, abandonado. Aquellas ruinas despertaron mi curiosidad e imaginación, hasta el punto de que, después de leerme tres libros de **Figueras Pacheco** y uno de **La-fuente Vidal**, y de entrevistarme con el **padre Belda** en su despacho de la Diputación, escribí una novela titulada «El fantasma de Lucentum». No era la primera que escribía, pero sí fue la primera que me publicaron. La editorial Acervo de Barcelona la incluyó en 1987 en su colección de terror, siendo el primer autor español que acompañaba a escritores del prestigio de **Ramsey Campbell**, **George R. R. Martin** y **Robert Bloch**. También eso tengo que agradecerlo a La Chicharra.

Cuatro años vivimos en La Chicharra. En la

primavera de 1986 nos mudamos a un bungalow que compramos en una de las muchas urbanizaciones que empezaban a construirse entre el Cabo de las Huertas y la Condomina. Estaba financiada por una entidad catalana que hacía poco que había abierto su primera sucursal alicantina en el paseo de Federico Soto: Banco Sabadell.

Han pasado muchos años desde que dejamos La Chicharra, pero son también muchos los recuerdos, casi todos agradables, que conservamos de nuestra estancia allí. De todos ellos, hay uno en particular que rememoro con cierta frecuencia: un atardecer otoñal estoy asomado en la terraza, el mar tiene color esmeralda, el viento sopla con moderación, acercando una cortina de lluvia que poco a poco va empañando el paisaje, hasta envolverme con su olor a humedad salobre y su murmullo embelesador. Me sentí en el paraíso.

www.gerardomunoz.com
También puedes seguirme en
www.curiosidario.es

Imagen de la urbanización La Chicharra, en la zona de la Albufereta.
INFORMACIÓN



el ruido y el estrés por la tranquilidad, la grisura por la luminosidad. Era como si estuviéramos de vacaciones todo el año.

Entiéndaseme bien. Barcelona era y es una ciudad bonita, pero para ir de visita. Alicante era, y sigue siéndolo pese a quienes la han gestionado, una ciudad para vivir. Si en Barcelona me llevaba cerca de una hora llegar desde mi casa en el barrio del Clot hasta mi oficina en la Vía Augusta, aquí apenas si tardaba diez minutos en llegar a mi trabajo en la calle San Mateo. Y mucho menos tardaba Puri, cuando fue destinada a la central telefónica de la Albufereta. Los niños tampoco tenían que madrugar porque iban al colegio público La Albufereta, a menos de cinco minutos andando de casa, y además tenían todo un parque para jugar, con total seguridad puesto que siempre había un portero de guardia, incluso de noche. Y la playa. En Barcelona no había playas entonces. La más cercana estaba en Castelldefels. En cambio